del alma —que es la redención lograda— son obra de un deseo mantenido.

5. *Un grave yerro.*—Es necesario, al llegar aquí, reparar en un grave yerro que pueden sufrir las almas buenas, deseosas de la perfección. Pueden llegar a comprender perfectamente esta doctrina que venimos exponiendo sobre el valor santificador de los buenos deseos y de su eficacia para levantar el alma a las cumbres de la santidad; pero se les atraviesa este grave escollo: son incapaces de suscitar en sí mismas fervorosos deseos. Y como sólo ellos son capaces de segregar a las almas tibias de las fervorosas, se creen hundidas para siempre en una tibieza irremediable. El enemigo tiene interés muy especial por sumirlas en esta confusión, pues vale tanto como apartarlas definitivamente del camino de la santidad.

Tratemos de aclarar este equívoco. Basta para ello con precisar qué se ha de entender por fervor. No es precisamente el verdadero fervor el que se manifiesta en el impulso sensible y gustoso, sino, como enseña Santo Tomás, la pronta voluntad y determinación para aceptar y cumplir todo aquello que es voluntad de Dios, de cualquier manera y en cualquier tiempo que se manifieste.

Por lo mismo, mientras el alma se siente animada de este deseo sincero, por mucho que sea el disgusto y la repugnancia sensible, la frialdad, la desgana, la falta de atractivo, puede estar segura de que vive en ella el deseo fervoroso de que tantos elogios hemos oído repetir a los santos y doctores y no dejará de tener para ella toda esa eficacia santificadora que

hemos venido ponderando. Lo importante es que nunca venga a abdicar de este deseo sostenido, por muchas que sean las dificultades que se le atraviesen en el camino y por mucho que sea el tiempo que se prolonguen. En esta perseverancia y tenacidad del buen deseo está el secreto de su eficacia, no precisamente en el atractivo y en el fervor sensible que puede despertar en el alma.

6. *El rasgo más característico de la vida cristiana* durante la peregrinación por el destierro es este vivir pendientes del buen deseo. Todo se vuelve levantar los ojos del alma hacia la Patria cargados de añoranza. Todo es esperar al Señor, en su segunda venida, con los brazos extendidos. «Porque nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos como Salvador al Señor Jesucristo» (Flp. 3, 20). Para dejar exhaustivamente expuesto este pensamiento, deberíamos ocuparnos ahora de esta maravillosa doctrina de la esperanza. Pero nos haríamos interminables.

Nos bastará con recordar que esta tensión de nuestra esperanza, manifestada en el buen deseo, no vendrá a parar en el vacío; no vive el cristiano de espejismos. Su esperanza se apoya en los fundamentos más sólidos y en las más seguras promesas. No está él sólo esperando; no es sólo el deseo el que se remonta hacia el Padre, «pues la ansiosa espera de la creación, desea vivamente la revelación de los hijos de Dios..., pues la creación entera está sometida a la violencia, en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción, para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Pues sabemos que la naturaleza entera gime

hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no sólo ella; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior, anhelando el rescate de nuestro cuerpo; porque nuestra salvación es objeto de esperanza. Y de igual manera, el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos pedir como conviene; pues el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables; y el que escruta los corazones conoce cuál es la aspiración del Espíritu, y que su intercesión a favor de los santos es según Dios. Por lo demás, sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman» (Rm. 8, 19-28). «Nos gloriamos en la esperanza de los hijos de Dios... y la esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rm. 5, 5). «Ante todo, ¿qué diremos? Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?» (Rm. 8, 31).

Teniendo el cristiano los pies asentados sobre esta roca inconmovible del amor de Dios, puede lanzar seguro a todas las potestades adversas este desafío de su esperanza: «Estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura, ni la profundidad, ni otra criatura alguna, podrá separarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Rm. 8, 38-39).

No terminaremos estas reflexiones sin hacer notar el sentido preciso de este anhelo, de esta tensión escatológica, que atraviesa toda la vida del cristiano en el presente estado de vía.

Cuenta San Lucas en los *Hechos* (1, 10-11) que, al desaparecer el Señor en su Ascensión tras la nube, los discípulos continuaron con los ojos levantados al cielo hasta que los ángeles vinieron a sacarlos de su arrobamiento. Es un bello simbolismo de la actitud de la Iglesia, y de la que debe ser actitud de todo cristiano, que se siente levantado por el anhelo de la esperanza.

Pero esta esperanza es por extremo realista y exige de él tres cosas perentoriamente, no dejándole olvidar que tiene puestos aún los pies sobre la Tierra, aunque deba caminar sobre ella como de puntillas.

Necesita de la *vigilancia*, para no dejarse fascinar y seducir por las realidades de este mundo, mientras espera la venida del Señor (Mt. 24, 32). Debe entregarse al *trabajo asiduo* para no desaprovechar los dones de la gracia (Mt. 25, 14-30).

Debe vivir, sin embargo, en el más austero *desprendimiento* de todas las cosas de la Tierra, aunque deba vivir entre ellas y traerlas en las manos, pero sin concederles más interés y valor que el que poseen en realidad, a la luz de los bienes escatológicos eternos (Mt. 6, 19-21; Lc. 12, 13-21; 21, 34-36). Sin olvidar que «en la tarde de la vida será examinado del amor» (146). (Cfr. Mt. 25, 31-46.)

De esta manera el deseo santo de la esperanza ejerce una virtud purificadora, de radical interés, que esclarece los ojos del alma y limpia el corazón, para que pueda ser sincero y eficaz el grito que el hijo de Dios

---

(146) Obras B. A. C. *Dichos de luz y amor*, 59.

debe lanzar en unión con la Esposa y el Espíritu: «Ven, Señor Jesús» (Apc. 22, 17).

Entonces verá que se abren a su deseo las fuentes de la saciedad eterna: «Y el que tenga sed, que se acerque, y el que quiera, que reciba gratuitamente del agua de vida» (Apc. 22, 17).

II

EL DESEO DE LA PERFECCION

Entre los recursos espirituales de mayor eficacia de que puede valerse el cristiano para alcanzar la perfección enumeran los autores y los santos el deseo sincero de la misma.

El deseo de la perfección es uno de los temas mayores en los tratados de ascética cristiana.

Siendo éste un punto que entra tan de lleno en nuestro tema, no queremos terminar sin dedicarle algunas páginas, ya que puede tener una importancia práctica tan notable.

Con todo, como ya hemos aludido en lo que llevamos expuesto hasta ahora, con alguna frecuencia al tema, podremos ser breves y no causar enojo a nuestros lectores.

1. *«Volé tan alto, tan alto, que le di a la caza alcance».*—El esfuerzo por alcanzar la perfección perte-

nece, ante todo, al empeño y ejercicio de la voluntad. Ahora bien, previo a todos los actos de la voluntad, se ha de tener en cuenta, en primer término, el principio de donde se origina su movimiento, que supone el conocimiento de su objeto, ya que, como dice aquel conocido principio de Filosofía y Psicología: «*Nihil volitum quim praecognitum:* no puede ser apetecido nada, si no es conocido de antemano». Y también: «*Ignoti, nulla cupido:* nada puede ser deseado, si no es previamente conocido».

Por lo que se refiere a la perfección, este conocimiento debe centrarse en lo que se llama corrientemente «el ideal», que es como el arquetipo y la forma de vida a que se tiende y que se desea plasmar en la realidad.

Este ideal, *en abstracto,* es considerado como la suma de todas las virtudes y perfecciones, a cuya consecución se dirigen todos los esfuerzos del alma. Pero la vida no se realiza con abstracciones. ni tampoco con abstracciones se llega a plasmar el ideal, sino *en concreto* y en la práctica de cada día. Muchas veces encarnado en una persona.

Para el cristiano, este prototipo del ideal hecho vida, no puede ser otro que Cristo. Tanto que el designio de Dios sobre cada hijo suyo se cifra en esto: «A los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo» (Rm. 8, 29).

Más aún; aunque Cristo Nuestro Señor sea un ideal bien concreto, como es inabarcable en todas sus perfecciones, puede el ideal de perfección centrarse en un misterio de su vida, en una de sus virtudes o de sus

actividades: su oración en el desierto, su vida pública, su vida escondida en Nazaret, su celo, su humildad, su pobreza, su entrega absoluta a la voluntad del Padre. Según la llamada particular de cada uno a la santidad, habrá de estudiar detenidamente, amorosamente, aquel aspecto de la vida del Señor que considera su ideal. Habrá de ser el objeto de sus pensamientos, de sus reflexiones, de sus propósitos, de sus anhelos, particularmente en ratos de oración y soledad. Hacia él deberá volver los ojos con frecuencia, sea para alentarse, sea para no perder altura.

Tratando de concretar aún más el programa de sus esfuerzos y actividades en orden a la realización práctica del ideal de perfección, lo encontrará plasmado el cristiano, sobre todo, en las obligaciones de su estado. Le servirán de norma segura para encauzar los anhelos personales de perfección, asegurándole contra las ilusiones de la fantasía, contra los peligros de la evasión, contra los vaivenes del sentimiento, contra los recovecos del amor propio, que trata enteramente de buscarse en todo a sí mismo.

Partiendo de este conocimiento exacto del ideal de perfección, el deseo de la misma puede ya discurrir por cauces seguros.

Como hemos podido apreciar en el capítulo primero, la Sagrada Escritura y los Santos llaman a este deseo con nombres diferentes, pero coincidiendo en la sustancia: unas veces se le llamará «buscar a Dios», otras «tender a las cosas de arriba», «esperar con gemidos anhelantes la adopción de hijos de Dios», «gustar de las cosas de arriba, no de las que están sobre la

Tierra», «tratar de apoderarse de Cristo», «perseguir la caridad», «emular los bienes espirituales»... (Act. 17, 27; Rm. 8, 23; Col. 3, 1; Filp. 3, 12; 1 Cor. 14, 1), «atención o conversión al fin», «elección», «deseo del fin», «conato y esfuerzo por lo que se tiende hacia Dios».

Podría, en resumen, decirse que el deseo de la perfección consiste en que habiendo abandonado de antemano la vida desarreglada o poco fervorosa, se inicie un movimiento progresivo de la voluntad hacia la perfección.

2. *Las propiedades que deben acompañar al deseo de la perfección.*—El deseo de la perfección debe tener estas propiedades:

a) Ha de ser *sobrenatural,* pues lo es su objeto, que supera todas las posibilidades de la naturaleza: ha de tener, por tanto, a Dios como autor. Pero, además, ha de ser sobrenatural en su intención, ya que tiene a Dios en Sí mismo como objeto directo.

b) Ha de ser *humilde,* pues superando, como decimos, absolutamente las fuerzas humanas, ha de desconfiar en absoluto de las propias. Pero no ha de confundirse con la pusilanimidad, pues, asistido por la gracia de Dios, se lanza a la empresa más ardua y heroica, como es la santidad.

c) Ha de ser *verdadero.* Como ya hemos repetido, se ha de distinguir de la veleidad o de la estéril complacencia.

d) Ha de ser *sumamente apreciado,* de tal manera que ningún otro bien le sea preferido. Sólo de este modo podrá ser eficaz: esto supone que tiene como objeto la heroicidad de las virtudes; que se entrega al

cumplimiento de todas las cosas, pequeñas o grandes, de la manera más perfecta; que emplea todos los medios, no sólo los absolutamente necesarios, sino también aquellos que son útiles y convenientes.

e) Ha de ser *cierto*, apoyado en la confianza absoluta en Dios, que le ha de dar aquella abundancia de gracia y de medios que exige la consecución de la perfección.

f) Ha de ser *constante*, es decir, continuo y progresivo, ya que el trabajo por adquirir la perfección es una empresa sumamente ardua y se ha de continuar durante toda la vida. Ya lo dijo el Salvador: «Nadie que pone su mano en el arado y vuelve la cabeza atrás es apto para el reino de Dios» (Lc. 9, 62).

3. *Medios para ejercitarse en este deseo.*—Digamos también unas palabras sobre los medios de que puede valerse el alma fervorosa para ejercitarse en este deseo.

a) Renovarlo frecuentemente, pues dada nuestra condición humana, aun los más generosos propósitos y deseos tienden insensiblemente a tornarse tibios y remisos; es difícil mantenerse siempre en una aspiración muy tensa. La naturaleza tiende continuamente a relajarse y ceder, sin casi advertirlo, en el esfuerzo. De ahí la necesidad en que nos vemos de sacudir frecuentemente la inercia.

b) Que no se le quiera señalar un término. La razón es clara, ya que Dios y la perfección no lo tienen. Quien de verdad desea la perfección, nunca considera como bastante lo que ha conseguido; pues esto es propio de las cosas espirituales: que cuanto más perfectamente se llegan a conocer con el entendimiento y a

gustar con la voluntad, despiertan mayor sed y deseo.

c) Se debe pedir continuamente a Dios luz para conocer el ideal de la vida perfecta y que nos inflame más y más el deseo de la misma. Nos debemos reprender muchas veces nuestra dureza y necedad, que con tanto afán nos entregamos a las cosas inferiores y a los vienes caducos, que son de ninguna importancia y, en cambio, por lo que se refiere a la perfección, nos entregamos a ella llenos de fastidio y como a más no poder.

d) Se han de mortificar los otros deseos, sean contrarios abiertamente, sean simplemente ajenos. Si el alma se derrama, halagada por muchas cosas, se disipará, perderá energías y no llegará nunca a encontrar a Dios. En cambio, dominados todos estos deseos extraños, concentrada toda la fuerza de la voluntad en un solo deseo, vencerá las mayores dificultades y conseguirá lo que se propone.

Aquí hará bien el lector en recordar la maravillosa doctrina de San Juan de la Cruz sobre la necesidad de extirpar todos los apetitos contrarios, ya que cansan al alma, la atormentan, la ciegan y oscurecen, la ensucian, la entibian y enflaquecen. Y, lo que es más grave de todo, o si se quiere, el resumen de todos estos males, privan al alma del espíritu de Dios, cosa que se comprende muy bien, ya que si el alma se aficiona a una criatura, cuanto ésta tenga de mayor entidad, menos capacidad deja al alma para Dios; porque dos contrarios no pueden caber en un sujeto al mismo tiempo; es decir, el deseo sincero de Dios y el deseo de las criaturas, que o bien lo extinguen del todo en el cora-

zón o, al menos, lo debilitan y le recortan las alas (147).

Terminaremos con estas hermosas palabras de San Agustín, que parecen escritas a nuestro propósito: «Tanto se apoderará de nosotros y nos espoleará el deseo santo, cuanto podáremos de nuestros deseos el amor del mundo. Vacía lo que se ha de llenar: te has de llenar del bien, vacía el mal. Imagina que Dios te quiere llenar de miel; si estás lleno de vinagre, ¿dónde pondrás la miel? Se ha de derramar lo que contiene el vaso, aunque sea con trabajo y apretura, para que esté dispuesto a recibir lo que se quiere echar en él» (148).

4. *Advertencias a los directores espirituales.*—No queremos terminar estas observaciones de tipo práctico sin hacer unas advertencias a los directores espirituales, a los confesores y a todas aquellas personas que, en algún grado, por razón de oficio, ha encomendado el Señor el cuidado de la almas para encaminarlas debidamente hacia El.

Si, como ya hemos dicho en diversas ocasiones, la vida de santidad comienza por el deseo sincero de la misma, el director espiritual ha de tener como primer cuidado el suscitarlo en aquellas almas que ha puesto Dios bajo su cuidado.

Si ya ha nacido en ellas el buen deseo, debe cuidar que no languidezca, sino que, por el contrario, vaya encendiéndose y robusteciéndose más cada día. Ningún signo habrá más seguro de que una dirección es acertada, como el de que hace brotar en el alma el fervo-

(147) Cfr. *Subida al Monte Carmelo.* I. Caps. 6-12.
(148) *Epístola ad Partos.* Tract. IV, 6. ML. 35, 2009.

roso deseo de la santidad, y que lo mantiene y acrecienta, una vez encendido.

Dan mucho que pensar esas direcciones espirituales en las que, después de mucho tiempo de trato y comunicación asidua, no aparecen síntomas en el alma de que haya nacido en ella un fervoroso y sostenido deseo de la perfección.

Claro está que el director debe tener un elemental sentido de prudencia y discreción para no exigirles a todas las almas la misma intensidad en el deseo, ni suscitarlo en ellas valiéndose de idénticos resortes. No son los mismos los caracteres y temperamentos, ni las exigencias de Dios, ni el estado en que el Señor las ha colocado, ni están todas las almas a la misma altura del camino con respecto a la perfección.

Vale la pena detenernos un poco más despacio en esta consideración.

a) *Por razón del adelantamiento en la virtud,* el director se podrá encontrar con:

— *Almas pecadoras o tibias.*—Sería una pretensión vana, si no es por un milagro de la gracia, querer suscitar en ellas un deseo vivo, inflamado y perseverante de la perfección. Mucho hará, si consigue despertar en ellas, aunque sea por el temor de los juicios de Dios, el deseo de abandonar la vida de pecado o el ansia de salir de la tibieza, juntamente con la constancia en el empleo de algunos medios para ello, aunque sean en sí mismos muy insignificantes. El esfuerzo de estas almas anémicas no da para más. Ya se puede dar por victoria si se consigue alguna perseverancia en el bien y en los medios para lograrlo.

— *Almas principiantes.*—Dios las suele favorecer con grandes y fervorosos deseos de la perfección y de abrazar los medios que a ello conducen: largas horas de oración, costosas penitencias, frecuencia de sacramentos, funciones sagradas.

Estos principiantes creen, ante estas primeras experiencias favorables, que han llegado a la santidad casi como por sorpresa y repentinamente. Les persuade a ello la facilidad con que todo lo llevan a cabo. Mas no se dan cuenta de que son hervores efímeros, que nacen de la sensibilidad, es decir, de la epidermis del alma. Es lo que se conoce en ascética con un nombre técnico: «fervor sensible», y no es otra cosa que el alimento de niños con que Dios nutre al alma en estos pasos primeros de su vida espiritual, porque su extrema debilidad no consiente manjar más fuerte y nutritivo.

Dos son los deberes principales que tiene el director espiritual con estas almas:

1. Moderarles los deseos para que no caigan en excesos y se consigan con ellos los fines que Dios se propone al concederlos. Pueden tales almas en los arrebatos de fervor, y por su total falta de experiencia, dar en excesos perjudiciales, sea de amor propio, llevado hasta la obstinación, por creerse más santos y experimentados que el propio director, sea perjudicando gravemente la salud con oraciones prolongadas hasta horas intempestivas, o con excesivas penitencias, más de lo que toleran las fuerzas o la discreción.

2. Debe, por otro lado, irles previniendo y tratar de disponerlas para el tiempo de la prueba terrible de la aridez y sequedad espiritual, que tal vez no esté

muy lejana. Entonces el panorama se cambia totalmente del revés: parece que el deseo ha muerto, y hasta la posibilidad de tenerlo. Todos los fervorosos deseos de antaño parecen ahora un sueño. Si el alma ha estado ya advertida por el director, el cambio no resultará tan doloroso ni tan cercado de riesgos, ni tan amenazado por la desorientación y el desconcierto.

Debe entonces el director hacerle comprender que no solamente no ha pasado nada grave, sino que esto había de suceder necesariamente si el progreso en la santidad había de seguir adelante. Aquellos «fervorosos» deseos han cumplido ya su cometido; en adelante, más que una ayuda serían un impedimento, que podría tornarse definitivo, si el alma se obstina en no desembarazarse de ellos.

Hágales notar el director espiritual a estas almas que el verdadero deseo fervoroso no está en el sentimiento, sino en la determinación de la voluntad, que se adhiere inquebrantablemente a la de Dios, sea cual sea su estado de ánimo, de humor, de elevación o postración del sentimiento. Más aún, que, cuando el deseo de la perfección se mantiene erguido allá en el ápice del alma, a pesar de la desgana, del hastío, de la postración de ánimo, es señal de un deseo que ha llegado a plena madurez, que es mucho más meritorio y santificador y del que se pueden esperar los mejores frutos en orden a la vida de perfección. De almas así, capaces de mantener vigorosos sus deseos, a pesar de la fluctuación del sentimiento, es de las que suele decirse vulgarmente que «tienen madera de santo».

— *Almas fervorosas y adelantadas.*—En estas al-

mas, que a pesar de las luchas y contrariedades, que indudablemente tienen que haber sufrido, han logrado mantener vivos los deseos de perfección, debe el director espiritual no sólo procurar que se mantenga en ellas este deseo, ni siquiera que vaya progresando a un ritmo pue pudiéramos decir «normal y prudente», sino que ha de tratar de conseguir mucho más: no ha de olvidarse que la vida de perfección es una llamada al heroísmo, y hasta ahí deben encaminarse los deseos del alma fervorosa. Es seguro que, sin este anhelo, queriendo mantenerse nada más que dentro de este ritmo «normal y prudente», nunca llegaría el alma a lograr la perfección; al contrario, existiría el peligro de caer en el «aburguesamiento» espiritual. Ese tipo tan corriente de personas ejemplares —del todo ejemplares— a las que apenas se les puede poner tacha, cristianos buenos a carta cabal, personas honorables, dignas de toda estima y respeto, pero en las que se adivina, más bien por intuición, que a pesar de toda su ejemplaridad, existe en ellas un algo que les ha impedido o les está impidiendo lanzarse de veras a la perfección. Es seguro que este *algo* es ese punto exacto, ese toque definitivo que da el heroísmo a la vida cristiana y que resulta insustituible.

Hará el director espiritual una obra grande de caridad con ellas si logra prender en su corazón este deseo ardiente del heroísmo y hasta les fuerza un poco para que se lancen a él y, desde este trampolín definitivo, hacia la vida santa.

No hay por qué decir que en todo esto debe proceder el director espiritual con la máxima prudencia:

no todas las cosas son igualmente buenas y útiles para todos. Ha de usar de especial cautela con aquellas almas fervorosas, que se encuentran descontentas de sí mismas, pensando que no hacen nada, que no adelantan nada, y que, por lo mismo, sus deseos de santidad son falsos y ellas mismas hipócritas, que viven engañando a los demás y hasta engañándose a sí mismas.

Este descontento que muestran tales almas puede llevarlas a echar por dos caminos bien distintos: a unas las conduce a la humildad sincera, a la desconfianza de sí mismas y a poner toda su confianza en Dios, viendo que resultan inútiles, o poco menos, todos sus esfuerzos; aunque sin perder por ello la tranquilidad interior, ni dejarse vencer de la desconfianza.

Estas almas se encuentran en una situación óptima de cara a la santidad. Es el estado que debe suscitar en ellas el director espiritual cuando advierte que trata de apoderarse de su ánimo el descontento de sí mismas, del trabajo que realizan y de la poca eficacia de sus deseos.

A otra clase de almas, por el contrario, esta persuasión de que no hacen nada, de que no consiguen nada, las lleva al desaliento y a la pusilanimidad, cargándolas de tristeza y descorazonamiento. No hay terreno más peligroso para las asechanzas y engaños del enemigo. Con ellas ha de trabajar el director, sobre todo para despertar esos sentimientos de confianza en la ayuda de la gracia y en el amor paternal de Dios, que sabe toda nuestra flaqueza y de qué barro estamos hechos. Les haga ver que sus deseos de perfección no son pura

hipocresía, como piensan, sino deseos sinceros, aunque muchas veces traicionados por nuestra increíble debilidad. Que el sorprenderse continuamente en faltas y limitaciones es algo irremediable, mientras no hayamos llegado a las cumbres de la perfección. Que si aún no se es perfecto, es natural que se caiga en imperfecciones. Que esas imperfecciones en las que se cae por pura debilidad o irreflexión de un momento, que ya se han cometido antes de reparar en ellas, es muy poco o nada lo que estorban al progreso del alma y a la acción de Dios en ella, porque no hay en ellas a penas mala voluntad, que es de verdad lo que estorba a Dios. Encarézcales mucho el director que han de tener grande paciencia consigo mismas; porque, como dice San Juan de la Cruz: «Gran virtud es el saberse aguantar el alma a sí misma». «Estos —continúa el Santo hablando muy a nuestro propósito— se entristecen demasiado de verse caer en ellas —sus faltas— pensando en que ya habían de ser santos, y se enojan contra sí mismos con impaciencia, lo cual es otra imperfección... cuando se ven imperfectos; con impaciencia no humilde se aíran contra sí mismos; acerca de lo cual tienen tanta impaciencia, que querrían ser santos en un día... no teniendo paciencia para esperar a que se lo dé Dios cuando él fuere servido; que también es contra la dicha mansedumbre espiritual, que del todo no se puede remediar, sino por la purgación de la *Noche oscura;* es decir, haciéndolo Dios en el alma pasivamente» (149).

Por eso repite el Santo hasta tres veces explícita-

---

(149) *Noche oscura,* I, 2 y 5.

mente en estos capítulos la misma enseñanza, que no siempre tienen en cuenta las almas fervorosas ni sus directores y que, sin embargo, es de tanta trascendencia para evitar los desalientos: «Pero de estas imperfecciones tampoco, como de las demás, no se puede el alma purificar cumplidamente, hasta que Dios la ponga en la pasiva purificación de aquella *Noche oscura*... Porque, por más que el alma se ayude, no puede ella activamente purificarse de manera que esté dispuesta en la menor parte para la divina unión de perfección de amor, si Dios no toma la mano y la purga en aquel fuego oscuro» (150).

Se entendería mal esta doctrina del Santo si se viera en ella una invitación a la inercia, a cruzarse de brazos, en espera de la acción pasiva de Dios. El mismo se acuerda de salir al paso a esta desviación cuando escribe: «Conviene al alma, en cuanto pudiera, procurar hacer de su parte por perfeccionarse, porque merezca que Dios la ponga en aquella divina cura donde sana el alma de todo lo que ella no alcanza a remediarse» (151).

Dios pide al alma ese pequeño esfuerzo sincero, que está de su parte, pero con la conciencia de que ha de ser muy poco lo que puede esperar de él, cosa que no la debe llevar ni a la inercia ni a la desilusión, sino a abandonar a la acción del Señor lo que no está al alcance de sus fuerzas. Y constatará muy presto el alma, si es fiel, que lo único que le es dado hacer en adelante es mantener vivo el deseo sincero.

(150) *Noche*, I, 3, 3. Cfr. 4, 8. 5, 3. 6, 8. 7, 5, etc.
(151) *Noche*, I, 3, 3.

Contra pocos peligros tan graves ha de estar alerta el director como el de de que la desconfianza llegue a apoderarse del alma. Es uno de los más graves males que pueden acaecer en la vida espiritual; tal vez el más grave, fuera del pecado y aun en cierto sentido, por lo que a las consecuencias se refiere, mayor estorbo que el mismo pecado. Este puede ser un episodio aislado, todo lo triste que se quiera, pero es un mal de paso que puede servir, incluso, para estimular en el alma el deseo de una mayor entrega a Dios como compensación; pero la desconfianza es una carcoma que lleva al alma al borde de la ruina, incapacitándola, por falta de fuerzas, para sacudir el torpor y vencer la anemia. La desconfianza ata las manos a Dios y se coloca fuera del alcance de la omnipotencia de su amor.

Por el contrario, confiar en Dios, casi nos atraveríamos a decir que es como tocarle su punto flaco; tenerle a nuestro mandar. Dios, pase la expresión, por caballerosidad, no puede desatender a un alma que se refugia confiadamente en El, fiándose de su amor, de su misericordia, de su omnipotencia. Dios no puede resignarse a quedar mal. Es lo que viene a decir David en un Salmo precioso, cuando parece que quiere tocar a Dios en su «amor propio» —pase la expresión— y exclama: «Que no pueda decir mi enemigo ¡Le vencí! Que mis enemigos se regocijarían, si yo cayese, después de haber esperado en tu misericordia» (Slm. 13, 5-6).

b) *Por razón del estado.*—Se puede encontrar el director con:

— *Seglares.*—Se debe comenzar, si fuera necesario, por desvanecer en ellos un prejuicio, que suele ser bas-

tante frecuente, aun tratándose de seglares sinceramente cristianos: se encuentran en la persuasión, más o menos explícita, de que la vida de santidad no es para ellos; que bastante harán con vivir en gracia y salvarse; que la perfección es algo reservado a los religiosos y sacerdotes o a otras personas muy favorecidas de Dios.

Se comprende que con esta idea en la cabeza no es posible que nazca en tales almas el deseo de la perfección, mientras ese error no se desvanezca. Se les ha de hacer comprender que la santidad no solamente es una invitación que se hace a todos por el Señor, sino que es una verdadera obligación dentro de su estado. La santidad no es algo reservado a un grupo de selectos y privilegiados, sino que a ella están llamados y obligados todos los hijos de Dios.

El Concilio Vaticano II, haciéndose eco de las enseñanzas de la Sagrada Escritura y de la tradición de la Iglesia, dedica un capítulo entero de la *Lumen gentium*, el V, a este tema y termina con tales palabras: «Quedan, pues, invitados y obligados todos los fieles cristianos a buscar la santidad y la perfección del propio estado» (152).

Una vez dejada en claro esta obligación, es necesario que el director se industrie para despertar en el ánimo del seglar que se le confía y que Dios pone a su cuidado, el deseo sincero y ardiente de la perfección. Ha de comenzar por no atemorizarle con las exigencias

(152) *Lumen gentium*, V, 42. Puede verse lo que decimos a este propósito en nuestra obra *La divinización del hombre*. Págs. 1093-1101. Edit. Coculsa. Madrid, 1972.

altísimas de la virtud heroica, proponiéndoselas sin discreción y sin la debida instrucción y aun preparación psicológica. Es cierto —y esto nunca debe ocultarse— que la perfección cristiana es una llamada al heroísmo; pero estas exigencias no se han de presentar de golpe y sin la debida perspectiva, porque abrumarían y descorazonarían a los principios. Dios va pidiendo todo ese heroísmo, pero generalmente como a cuentagotas; concede mucho tiempo a nuestra debilidad, pues El sabe que, además de ser increíblemente débiles, vivimos en el tiempo, y nuestras cosas maduran sucesivamente, no de manera repentina. Y no es esto todo, sino que aun esta condescendencia de Dios, falta de prisas, está continuamente sostenida con su gracia, que no solamente se nos da en grado suficiente, sino abundantísimo, para salir airosos en cada trance y en cada nueva exigencia. A tanto llega esta ayuda de la gracia, que las mayores exigencias de heroísmo son las más fáciles de realizar, pues la ayuda de la gracia en esos casos es tan abundante, que apenas tiene el alma que hacer otra cosa más que dejarse llevar con docilidad. No nos acobardarían tanto los grandes heroísmos de los santos si tuviéramos presente que la gracia de Dios les ayudaba y sostenía de manera «descarada». El heroísmo que requiere la vida santa es incomparablemente más obra de la gracia que de nuestro esfuerzo.

Despertado ya en el alma del cristiano el deseo de la santidad, se le ha de señalar como primer objetivo el cumplimiento fiel de sus deberes de estado, ya que

la perfección no consiste en otra cosa más que en el perfecto cumplimiento de la voluntad de Dios sobre nosotros. Y en nada se manifiesta más clara esta voluntad de Dios que en los deberes del estado en que, por vocación, nos ha colocado El mismo. Todo deseo de santidad, que no parta de aquí, es engaño; es comenzar a edificar en falso.

Pero también es verdad que no debe detenerse aquí elementalmente. Es conocida la doctrina de los teólogos, siguiendo a Santo Tomás, que afirman la obligación en que se encuentran los seglares, a los que no les es posible abrazar de hecho los consejos evangélicos, vivir del espíritu de los mismos. Pues si bien es verdad que no se impone a todos los cristianos la obligación de poner en práctica los medios más eficaces para conseguir la perfección, que consiste principalmente en la perfección de la caridad, como son los consejos evangélicos, tampoco se ha de pensar que están completamente desligados de ellos, pues, aunque de hecho, materialmente, por razón de su estado o por otras circunstancias, no puedan abrazarlos, deben estar prontos a ello en la preparación del ánimo, ya que sin esta disposición interna nadie puede ser verdaderamente virtuoso (153).

Es más, habrá casos en que las exhortaciones del director espiritual no deban detenerse aquí. No son raras, por gracia de Dios, las personas seglares que son llamadas por Dios a la práctica de los consejos evangélicos no sólo con el espíritu, sino en la realidad;

---

(153) 2-2. Q. 152. a. 3 ad 2 um. a. 4 ad 2 um.

al menos de algunos de estos consejos, por ejemplo, el de la virginidad o castidad perfecta. No sólo no hará mal el director en despertar, con la debida prudencia, este santo deseo en las almas en que adivine un germen de esta llamada de Dios, sino que, una vez seguro de esta llamada, debe exhortarles con insistencia y aun constreñirles a este acto de generosidad con el Señor, que tantos bienes puede reportar al alma y prestar tan generosos impulsos al amor. De San Ambrosio —llamado el doctor de la virginidad— son estas bellas palabras: «Siempre he pensado que pertenece a la gracia del ministerio sacerdotal arrojar la semilla de la integridad y provocar el deseo de la virginidad» (154).

¡Ojalá que sintieran lo mismo todos los sacerdotes de nuestros días!

— *Almas consagradas.*—Son las que han hecho profesión y oficio del deseo de la perfección, como hemos recordado antes. Tanto es así que por este deseo se define el estado religioso. No es que el cristiano, por el hecho de abrazar este estado, ya esté obligado a ser perfecto, ni siquiera a lograrlo en poco tiempo, pero sí que está obligado a aspirar continua y seriamente a la perfección. Descuidar esta aspiración, es pecado; que puede llegar, incluso a pecado grave, si el descuido y la desidia fueran notables y prolongados.

El director espiritual hará bien en no dejar adormecer en el alma consagrada este deseo; más aún, deberá estimularlo continuamente hasta lograr de ella lo que tanto encarece el Concilio Vaticano II: que sea

(154) *De virginitate.* ML. 16. 272. D.

como un resucitado precoz, que vive con los ojos y el corazón puestos en el cielo, apoyando sólo indispensablemente los pies sobre la Tierra, pasando como de puntillas sobre las realidades temporales. De esta manera el deseo no sólo ejercerá sobre las almas consagradas su fuerza santificadora, sino que «manifestará ante todos los fieles que los bienes celestiales se hallan ya presentes en el mundo, y dará testimonio de la vida nueva y eterna, conquistada por la redención de Cristo y prefigurará la futura resurrección y la gloria del reino celestial» (155).

Es decir, que el vigor de sus deseos, mantenido por la viveza de la fe en los bienes escatológicos, ejerce en la Iglesia una poderosa fuerza de arrastre que servirá de reprensión a los tibios y de consuelo y aliento a las almas fervorosas.

Tal vez el alma consagrada no pueda prestar mejor servicio a la Iglesia, siendo tantos y tan eminentes todos los que puede prestarle.

— *A los sacerdotes.*—Se les deberá estimular continuamente con aquellas palabras del Apóstol: «Te amonesto que hagas revivir la gracia de Dios que hay en ti por la imposición de mis manos» (2 Tm. 1, 6). Es decir, lograr que arda siempre viva la llama del deseo por la perfección sacerdotal y apostólica. Es el medio mejor de avivar cada día la caridad.

Vale la pena tener también en cuenta esta observación que puede llevar mucho consuelo al alma de algunos sacerdotes fervorosos, pero timoratos, que llevan

---

(155) *Lumen Gentium,* 44.

las exigencias para consigo mismos hasta el límite del escrúpulo, ya que no es raro encontrar almas sacerdotales acongojadas por esta ansiedad a que nos venimos refiriendo: el parecerles que llevan una como doble vida, insincera, la congoja de que piensan haber caído en el fariseísmo, tan duramente estigmatizado por el Señor: «Dicen y no hacen», predican y no practican (Mt. 23, 3).

Se ven ellos, por un lado, en la obligación de exhortar a los demás a la perfección de la vida cristiana, a corregir los errores, desviaciones y pecados, y, por otra parte, se conocen a sí mismos llenos de miserias y, a su parecer, muy lejos de llevar a la práctica todo aquello que enseñan y predican, sobre lo que exhortan y corrigen a los demás.

Este contraste les sume en las ansiedades y preocupaciones a que nos venimos refiriendo. En las horas de crisis más aguda les parece que resuena en sus oídos aquel terrible reproche del Señor: «¿Cómo te atreves tú a hablar de mis mandamientos y a tomar en tu boca mi alabanza; teniendo luego en aborrecimiento mis enseñanzas y echándote a las espaldas mis palabras?» (Salm. 50, 16). Esto les parece el colmo del fariseísmo y de la insinceridad. No pueden aguantar ante los demás el vivir con este engaño.

Pero será suficiente, como decíamos, para consolar a estos sacerdotes, el recordarles la doctrina que dejamos expuesta sobre los buenos deseos aplicada a este caso concreto. La sinceridad en el deseo de la perfección, basta para distinguir al alma fervorosa de la

tibia, al sacerdote sincero, del que se ha convertido en un mero funcionario de las cosas sagradas.

Quien sinceramente desea la perfección, aunque no la haya conseguido, no puede llamarse hipócrita. Habla a los demás de lo que siente, de aquello a que ha consagrado las mejores ilusiones y energías de su vida; trata de prender en los demás este santo entusiasmo y contagiarles de sus santos deseos.

La palabra de Dios en labios de este sacerdote nunca sonará a hueca, sino que saldrá llena de unción y de sinceridad, que no dejará de impresionar a los oyentes y pegarles el deseo de la santidad, para la que él mismo vive. El sacerdote es un auténtico mensajero del Evangelio y un fiel dispensador de los misterios de Dios (1 Cor. 4, 1). Es seguro que Dios no nos exige el que lleguemos a ser santos, de hecho, para poder anunciar sin hipocresía su palabra. ¿Con cuántos santos podría contar la Iglesia en cada generación para que pudieran hacerlo legítimamente? Pero, sobre todo, ¿quién sería tan audaz que se atreviera a ser ministro de la palabra, si para serlo dignamente se exigiera no sólo la sinceridad en buscarla, sino el haberla ya adquirido, de hecho?

Debe, pues, el sacerdote, verdaderamente deseoso de acomodar su vida a lo que enseña, sentirse liberado de esa preocupación de fariseísmo e hipocresía. Ni Dios, ni la Iglesia, ni las almas le piden que, de hecho, sea santo, sino que el deseo de serlo llene verdaderamente su vida.

San Francisco Javier tiene en una de sus cartas estas palabras, que bien pudieran aplicarse a nuestro

propósito: «No es hipocresía el tratar de cosas santas, aunque uno no sea santo, ya que el tratar de ellas pega el deseo de la santidad» (156).

Es uno de los grandes bienes que lleva consigo el ejercicio del ministerio sacerdotal, sobre todo el de la predicación y exhortación a la santidad; cuando esta palabra de Dios sale de un corazón sincero y deseoso de la misma, es el sacerdote el primer beneficiario de este santo ministerio, porque sentirá cada vez que se le inflama la voluntad en santos deseos de Dios y de la perfección.

Por el contrario, aquel que exhorta a los demás a la santidad, cuando él en su corazón ha renunciado prácticamente a la misma, éste es el auténtico fariseo; el que ha hecho del ministerio granjería y una profesión de los misterios sagrados. Este es el que debería sentirse avergonzado de su hipocresía y pesar sobre él toda la gravedad de las palabras divinas. Este es el que debería plantearse en su conciencia este dilema: O renovarse en el espíritu de su mente (Ef. 4, 3) o dejar de cometer ese atentado sacrílego de convertir el ministerio en granjería, como dejamos dicho más arriba.

Damos fin a esta obra y a estas consideraciones sobre el valor santificador de los buenos deseos en la fiesta de la Encarnación del Verbo. Nunca los deseos del corazón humano habían subido tan alto hacia Dios, como en este día en que la Santísima Virgen respondió

---

(156) *Cartas y Avisos espirituales.* Ed. 2.ª del P. Fernando M.ª Moreno. 1952. Págs. 484-485.

al anuncio del ángel con aquel anhelo ardentísimo: «¡Hágase en mí según tu palabra!» (Lc. 1, 38). Este deseo del Corazón de María se alzó hasta el seno del Padre y atrajo hasta el suyo al mismo Verbo de Dios.

Que Ella nos infunda este santo deseo y lo sostenga siempre vivo en nuestro corazón; que nos haga dóciles al clamor del Espíritu en nosotros, que grita con gemidos inefables: «¡Padre, Padre!» y que sus brazos de Madre nos levanten hasta el abrazo del Padre celestial, en unión con Cristo y en el fusión del Espíritu, por toda la eternidad. Amén.

Sevilla, 25 de marzo de 1972.

INDICE

Págs.

Prólogo 7

CAPÍTULO PRIMERO.—*Fundamentos doctrinales* 13

I. Los deseos santos en la Biblia 15
II. En la Liturgia de la Iglesia 19
III. Dios, fuente de los deseos santos 23
IV. Invita con ellos al alma 31
V. Mérito, valor y estima 35
VI. Su máxima conveniencia y aun necesidad para llegar a la perfección 45
VII. Sus frutos y su eficacia 51
VIII. Condiciones para que nazca, crezca y se desarrolle en el alma 69

CAPÍTULO SEGUNDO.—*Sobre la naturaleza del deseo* 73

I. Noción 77
II. División 79
III. La esperanza y el deseo 83

CAPÍTULO TERCERO.—*Los buenos deseos en el orden sobrenatural de la gracia* 95

I. Razón teológica última que justifica el valor y aprecio de los deseos santos 101
II. La Sagrada Escritura y las virtudes teologales. 103
III. Breve referencia al misterio trinitario 109
IV. Dios ha querido comunicar su vida, libre y amorosamente a algunas de sus criaturas ... 113

Págs.

V. El hombre, sujeto de la vida divina 121
VI. Naturaleza de las operaciones divinas en el alma transformada 127
VII. Acción peculiar de cada una de las divinas Personas en el alma 131
VIII. Los santos deseos y la vida trinitaria 133

CAPÍTULO CUARTO.—*Consecuencias para la vida cristiana.* 139

I. Consideraciones varias 141
1. Entre los actos más eficazmente santificadores 141
2. Se ejercitan las tres virtudes teologales a un tiempo 144
3. Una frecuente ofuscación 144
4. La vida teologal. Lugar central de la oración 147
5. Un grave yerro 151
6. El rasgo más característico de la vida cristiana 152
II. El deseo de la perfección 157
1. «Volé tan alto tan alto, que le di a la caza alcance» 157
2. Las propiedades que deben acompañar al deseo de la perfección 160
3. Medios para ejercitarse en este deseo ... 161
4. Advertencias a los directores espirituales. 163
Géneros de almas con que pueden encontrarse en relación con los santos deseos:
a) Por razón del adelantamiento en la perfección 164
b) Por razón del estado en la Iglesia ... 171